

Guillermo Knochenhauer

## ¿Catastrofismo?

La idea más repetida sobre la crisis global es que su gravedad es mayor de lo que se había previsto. Y así parece viendo más allá de la reanudación de los créditos, momento del que todo mundo espera que inicie la salida de la recesión global. Sin embargo, la falta de crédito es sólo el síntoma de la enfermedad; desde el punto de vista financiero se ha diagnosticado como excesivo endeudamiento público y privado.

Entre los estadounidenses el mal llegó al delirio. Desde el punto de vista no financiero, sino del capital productivo, el diagnóstico es que la capacidad de producir bienes y servicios rebasó la capacidad de compra de los mercados desde hace décadas, lo cual ya tuvo manifestaciones sintomáticas, como fue la recesión de 1989-1991.

El alivio —que no cura— aplicado en Estados Unidos contra la recesión de hace 18 años, fue facilitar el crédito para dispersarlo. Europa fue más prudente, pero su crecimiento fue muy lento desde entonces hasta ahora. Las tarjetas de crédito les permitieron a los estadounidenses comprar más de lo que sus ingresos les hubieran permitido, y a las empresas —no sólo de Estados Unidos—, recuperarse de la recesión.

Durante años, las familias en ese país fueron aumentando su consumo a crédito hasta que rebasaron su capacidad de pago: el gasto familiar —incluidas las mensualidades a los bancos— superó hace tiempo los ingresos de gran parte de la población al mismo tiempo.

Si en 1991 una familia estadounidense típica ahorraba al-

rededor de 8 por ciento de sus entradas, en 2006 su ingreso ya no le alcanzaba para cubrir sus pagos de tarjetas, de hipotecas y préstamos por coches, etcétera. Al tiempo que se gestaba esa situación, los intermediarios bancarios e hipotecarios fueron creando líneas de crédito que posponían la amortización del capital y cobraban tasas de interés que subían con el tiempo.

La apuesta de los bancos y de los deudores fue al alza del precio de las casas, inflado en parte por las facilidades hipotecarias. Tenía sentido que los pagos iniciales de las hipotecas fueran bajos y subieran mientras sucedía lo mismo con la plusvalía de la propiedad.

Millones de estadounidenses compraron casas a precios altos, que al seguir subiendo crearon la ilusión de que el valor de la propiedad les permitiría seguirse endeudando. Fue una burbuja que reventó, entre otras causas, porque también los constructores creyeron que podían beneficiarse con la inflación de los precios y construyeron de más, saturaron el mercado. Llegó el momento en que ya no hubo más compradores; alrededor de medio millón de viviendas se quedó sin vender.

La ley del mercado indica que el exceso de oferta abate los precios, y fue lo que ocurrió: millones de hipotecas superan el valor de la propiedad que se compró con ellas y los deudores dejaron de pagar. Lo que hace incalculables las pérdidas de los bancos es que comerciaron entre sí, a escala mundial, con toda clase de contratos crediticios, buenos y subprime.

Vista así la situación, no será

suficiente con que vuelva a fluir el crédito (después de que los gobiernos de todo el mundo capitalista subsanen las pérdidas de capital de los bancos) para salir de la crisis. Aún con préstamos en sus bolsillos, la capacidad de compra de los consumidores será menor a la de producir bienes y servicios del capitalismo global. Tampoco serán suficientes las políticas fiscales y monetarias expansionistas que aconseja el keynesianismo.

Lo que a final de cuentas condujo a la crisis, son diversos desequilibrios que tienen que corregirse para salir de ella. El que existe entre la capacidad de producción, muy superior a la de demanda, obliga —por sentido común, si no

de justicia— a poner en el centro de las medidas para la recuperación, las que contribuyan a redistribuir la riqueza y los ingresos entre países y al interior de cada uno, entre regiones y sectores sociales.

Barack Obama, en Estados Unidos, así lo ha entendido, y deberá demostrar la fuerza de la presidencia estadounidense frente a otros poderes para implantar medidas redistributivas a las que se ha comprometido. En México, en cambio, se siguen discutiendo temas superficiales y el gobierno llamando a una unidad imposible de lograr, mientras no se tenga un proyecto que relacione la recuperación de la crisis con medidas redistributivas del ingreso. ☒

knochenhauer@prodigy.net.mx

Profesor de la FCPS de la UNAM

